

# **CLAVE DEL MUNDO: NÉLIDA SALVADOR A TRAVÉS DE SUS OBRAS POÉTICAS**

**Víctor Gustavo Zonana**  
*Universidad Nacional de Cuyo. CONICET*

## **Introducción**

En el presente artículo se realiza un recorrido por la poesía de Nélide Salvador, recientemente recopilada en el libro *Clave del mundo. Obra poética (1958 - 1992)*<sup>1</sup>. Mediante esta mirada panorámica se espera reconocer las constantes temáticas y estilísticas que señalan la unidad de su tentativa poética y destacar cómo tal unidad, enraizada en una cosmovisión neohumanista, se enriquece en virtud de la maduración expresiva de la autora, de la adopción de nuevas perspectivas para el tratamiento de sus obsesiones primordiales y de la incorporación de nuevos temas. De este modo, se resalta el valor de una voz significativa en el panorama de la lírica argentina contemporánea en virtud de su dilatación y originalidad.

## **Claves de una poética**

Tal como se desprende de notas críticas y entrevistas, Nélide Salvador concibe la creación poética como un modo de asumir su yo y su circunstancia. De allí que su obra subraye una actitud personal de implantación en el presente y proyección hacia el futuro, reino lleno de potencialidades.

---

<sup>1</sup> Buenos Aires, Corregidor, 2000. En adelante la poesía de Nélide Salvador se cita por esta edición.

En entrevista con Antonio Requeni, al ser interrogada por la forma en que entiende la poesía, la escritora responde:

En ciertos momentos pudo ser un desahogo espiritual –aunque nunca anecdótico ni confesional–; acaso también un afán de diálogo, pero ante todo, una imperiosa necesidad de atestiguar nuestra permanencia en el mundo, de encontrarle un sentido oculto y revelador a la monotonía cotidiana<sup>2</sup>.

Nélida Salvador sintetiza en este pasaje claves de la poética neohumanista: rechazo al lirismo confesional y apartamiento del desborde subjetivista de los '40; poesía como diálogo y rescate de la existencia frente a la monotonía cotidiana; asunción de la escritura como espacio de encuentro entre el “yo” y el “tú”<sup>3</sup>.

La necesidad de atestiguar la permanencia de lo humano en el tiempo fugaz explica el sentido del vuelco de la poeta hacia el presente y el futuro. No se trata de negar la presencia del pasado en el aflorar del recuerdo. Menos aún en el caso particular de Nélida Salvador quien, según propio testimonio, mantiene ciertos vínculos con su San Rafael natal a través de visitas periódicas<sup>4</sup>. Significa, en todo caso, una resistencia al encantamiento de esas imágenes en la memoria, una decidida voluntad de proyección desde el ahora hacia el futuro incierto pero pleno de sentido. Esta actitud vital explica el porqué del dinamismo que se descubre en su universo imaginario.

Otra clave de la obra de Nélida Salvador, que guarda relación con la poética neohumanista, es cierta voluntad estilística de despojamiento. La

<sup>2</sup> Nélida Salvador. “La poesía mantiene su irradiación”. Entrevista por Antonio Requeni. *Diario Los Andes*. Mendoza, domingo 3 de diciembre, 1989, p. 8.

<sup>3</sup> José Isaacson. “El neohumanismo de la actual poesía argentina: elementos para una antropología literaria”. *Comentario*. Buenos Aires, año XV, julio – agosto, 1968, Nº 61, pp. 14-19.

<sup>4</sup> Nélida Salvador. “La poesía mantiene su irradiación”, ed. cit.; también Nélida Salvador. “Encuesta a Nélida Salvador”. *Piedra y Canto. Cuadernos del Centro de Estudios de Literatura de Mendoza*. Mendoza, CELIM, Nº 2, 1994, pp. 179-182.

escritura busca desnudar a la palabra de los posibles efectos musicales que adquiere por su encadenamiento en el verso. En su estudio sobre *La nueva poesía argentina*, caracteriza este rasgo en términos elocuentes:

[la nueva tendencia] confiere a la palabra un papel operativo que la desliga de todo efecto accesorio para llevarla a su esencial poder de significación. [...] el lenguaje se despoja de elementos decorativos y adquiere su máxima capacidad de sugerencia sin caer en la distorsión irracional ni en el hermetismo<sup>5</sup>.

Se trata de otra toma de posición frente al neorromanticismo y al surrealismo, antecesores temporales de la vertiente neohumanista. La escritora logrará romper con la andadura musical mediante el quiebre del verso como unidad sintáctica y melódica y su reducción a una línea poética ceñida a un sintagma mínimo (en ocasiones de una, dos o tres palabras)<sup>6</sup>. Esta estrategia, condice con la levedad de un sujeto que ha devenido puro tránsito, que aspira acompasar su impulso vital al fluir de los tiempos. Asimismo, responde al deseo de concentrar el poder connotativo de la palabra, al interés de la escritora por “destacar las mínimas resonancias de los vocablos en su sustantiva desnudez”<sup>7</sup>.

### El desarrollo de un universo imaginario

La reflexión sobre la condición temporal del hombre constituye el núcleo temático fundamental del universo literario de Nélida Salvador. De ella se desprenden todos los ejes de la exploración poética. Al respecto, destaca Marta Lena Paz: “en el universo poético de Nélida Salvador poetizar acerca del tiempo implica también la instauración de

---

<sup>5</sup> Nélida Salvador. *La nueva poesía argentina*. (Estudio y antología). Buenos Aires, Editorial Columba, 1969, p. 19.

<sup>6</sup> Debo este deslinde a observaciones del Prof. Daniel Devoto.

<sup>7</sup> Nélida Salvador. “Encuesta...”, ed. cit., p. 182.

múltiples espacios, desde los cuales el hombre va desplegando su estrategia existencial”<sup>8</sup>.

Este núcleo se manifiesta en toda su riqueza temática en *Tránsito ciego* (1958). El sujeto poético de este volumen se sabe tiempo. Reconoce su fugacidad y parece adelantarse a su propio devenir. Libro de tono exultante, vitalista, que en ocasiones se derrama en imágenes metafóricas complejas. En el horizonte del sujeto en tránsito, sólo un temor se avizora: el aquietarse, al sumirse en el tiempo acompasado de la naturaleza o en la inmovilidad del recuerdo. Se trata pues de una personalidad poética impaciente en sus acciones, en el vértigo del suceder. El poema “Impulso”, es un claro ejemplo de esta voluntad juvenil de proyección hacia el eje de las expectativas futuras:

Ahora que está la mañana  
recogida en sí misma,  
abrumada de nubes  
y de dominicales campanas  
removamos el légamo  
de las horas pasadas,  
busquemos  
ese ardoroso impulso  
de otros días,  
ese avizor impulso:  
sed, llama,  
que nos lanzaba al aire  
como una flecha límpida,  
como una gama audaz,  
como una azul pupila  
de azor o de neblí... (p. 13).

El escenario que diseña progresivamente el poema tiene como objetivo contraponer la temporalidad lenta del ambiente con el ardoroso

---

<sup>8</sup> Marta Lena Paz. “Esencialidad de la palabra en la poética de Nélide Salvador”. Trabajo presentado al *I Congreso Internacional sobre Poesía Hispanoamericana*. Mendoza, UNCuyo, FFyL, 1993, p. 4.

movimiento interno del yo. El ensimismamiento de la mañana, las campanas dominicales con su connotación sacra de descanso, resaltan aún más esa voluntad de un sujeto dispuesto a no detenerse. La metáfora compleja con que concluye el poema da cuerpo figurativo a la idea abstracta del impulso del ser. La metáfora es compleja porque a la estructura anafórica "avizor impulso/ sed, llama", se le suma una serie de comparaciones encadenadas, en orden de un clímax: pasaje del movimiento propulsado por otro al automovimiento, de la mansedumbre de la gama a la rapacidad del azor o del neblí, aves de cetrería. El poema exhibe además una nota estilística predominante en el universo de Nélida Salvador: un diálogo interior constante<sup>9</sup>, un desdoblamiento del yo, que le permite ya sea interrogarse por su destino, ya exhortarse -como en el presente caso- a retomar el impulso inicial. La exhortación apremiante condice con el movimiento interior. Es índice de ese sujeto transformado en neblí, orientado hacia la consecución de su destino.

Este impulso inicial de transitoriedad y advenimiento, se dilata en *Las fábulas insomnes* (1962). Con todo, la experiencia del tiempo vivido muestra ahora los peligros que amenazan el dinamismo inherente al ser. Entre ellos, el peso de las obligaciones cotidianas, de las repeticiones que atentan contra el proyecto de autoedificación del sujeto. Este temor se refleja, por ejemplo, en las estrofas finales del poema "Las cosas":

Las cosas:  
papeles, muebles,  
calles idénticas, nombres,  
minucioso trajín de la costumbre  
que va configurándonos  
con su quehacer seguro,  
vaciándonos, gastándonos  
con su lamido fiel.

---

<sup>9</sup> Sobre esta modalidad del diálogo interior en la poesía de Nélida Salvador ver: María Alicia Domínguez. "Al acecho, libro de poemas de Nélida Salvador". *Comentario*. Buenos Aires, año XIV, N° 57, noviembre - diciembre, 1967, pp. 76-77.

Las cosas:  
 ciego túnel  
 por donde transcurrimos,  
 tráfago indiferente  
 en donde se deshacen  
 esta fingida conformidad  
 de ir viviendo,  
 toda esta larga  
 sucesión de presagios,  
 esta inválida  
 espera (pp. 55-56).

La costumbre destruye el impulso voluntario del sujeto. Así se enajena, se vuelve cosa, deja de ser autor de su propio destino. La enumeración caótica y el uso del gerundio promueven, en la primera de las estrofas citadas, la sensación de un foco de resistencia, que detiene el movimiento del yo. Ya no hay posibilidad de acompasarse al transcurrir. Las metáforas “ciego túnel” y “tráfago indiferente”, referidas a la temporalidad del hábito, simbolizan la pérdida de sentido que imprime la costumbre sobre el tiempo de la existencia.

En modo semejante a la costumbre, el recuerdo de los bienes perdidos o del amor ausente representan otros peligros para el sujeto impaciente por acontecer. Por ello se lamenta en el poema “Ahora”:

Qué hacer  
 para no anclar  
 en tu recuerdo,  
 ahora que el aire  
 duele, soñoliento,  
 ahora que todo  
 es música afiebrada,  
 savia, miel,  
 vino espeso (p. 93).

Nótese cómo toda la fuerza cosmovisionaria, el sentido otorgado a la temporalidad y sus matices descansa en la sabiduría de la metáfora. El movimiento implicado en la asociación “anclar”/“detenerse en el recuer-

do del amor ausente”, contrasta con la música afiebrada del deseo. El contraste involucra toda la sensibilidad del lector, toda su corporalidad mediante el juego de sinestesias. Peso, sonido y sabor se conjugan para simbolizar la insatisfacción de la poeta amante.

La experiencia de los enemigos del yo se vuelve más dramática en *Canto de extramuros* (1963). La expectación del futuro pleno de presagios es ensombrecida por la presencia de la muerte. Junto a la visión jubilosa del tiempo y el transcurrir como advenimiento, aparece ahora la imagen tradicional del tiempo destructor. Ya no se trata sólo de un detenerse, sino propiamente de un camino hacia la aniquilación, tal como se advierte en el poema “Aquí estamos”:

Encerrados en estos cuartos  
que habitó la muerte  
-entre las cuatro paredes  
que un día contuvieron  
delirios, fugas, goces-  
nos miramos los ojos  
en lejanas fotografías,  
palpamos nuestro cuerpo  
para ver si somos los mismos,  
delineamos palabras  
en la oquedad de las noches  
y agitamos frenéticos  
esta lámpara roja del deseo  
para que el mundo advierta  
que aquí estamos:  
vivos aún, ardientes,  
trepando hacia el no ser,  
bebiendo a sorbos,  
esta aventura efímera  
del tiempo (p. 106).

El poema constituye un sintético *memento mori*. Nélica Salvador recrea con originalidad tópicos del lamento funeral como el *ubi sunt*. Esas cuatro paredes contuvieron en el pasado lejano los indicios de una vida extinguida ahora, aludidos metafóricamente con los símbolos

predominantes de la vitalidad en su imaginario poético: “delirios, furias, goces”. La experiencia de la temporalidad destructora se representa especularmente, a través de la contemplación del cambio en las fotografías. De allí que el *ubi sunt* asociado a la imagen fotográfica tenga un sentido estratégico en el poema: la propia muerte se reconoce al contemplar esos índices de la vida extinguida y al verificar las transformaciones que el tiempo provoca en el cuerpo. La paradoja que plantea el poema es que el sujeto, a pesar de la certeza de la muerte se aferra a la existencia. Afirma: aquí estoy. Pero este gesto del deseo se vuelve dramático, pues no logra detener la carrera hacia el no ser, sino que, por el contrario, la acelera. La impostura de este gesto vital es subrayada mediante el semantismo de los verbos en gerundio: aceleración hacia la muerte, bebida entusiasta de la anulación, como en una alocada danza macabra.

A pesar de esta constatación dramática, o tal vez promovida por ella, la voz se seguirá imponiendo un acto de afirmación. Tal es el sentido de un segundo núcleo temático que se incorpora en *Canto de extramuros*: la reflexión sobre el sentido de la escritura. La emergencia de esta problemática adquiere en el universo literario de Nérida Salvador un contorno cada vez más nítido. En el presente libro, confirma el valor de la palabra para atestiguar el paso del sujeto por el tiempo, aunque sea precariamente; para crear un orden, aunque sea ilusorio. El poema “En algún lado”, representa esta certeza sobre el acto de escritura:

Cuando enumero,  
cuando deletreo,  
cuando apreso  
el contorno de las cosas,  
qué procura mi voz,  
qué intento:  
reconstruir la nada,  
organizar el caos,  
crear el universo  
o afirmar  
por un acto de inercia  
por simple gratuidad

de la palabra,  
que en algún lado  
está mi ser  
-en algún lado-  
quemándose, agotándose,  
desgajándose  
en días (p. 126).

La escritura adquiere así un sentido constructivo que permanece en la poética de la autora como una certeza profundamente arraigada. Sabe que ese orden es sólo uno posible, que ese cosmos no descifra cabalmente su misterio. La palabra no devela el ser, pero deja testimonio del paso del hombre por el tiempo. Y de allí su valor de resistencia, su precario poder para confirmar la lucha del yo ante su progresivo disgregarse.

En el próximo volumen, *Al acecho* (1966), la búsqueda poética de Nélida Salvador se inclina en torno al problema del vínculo entre el yo y los otros. La mirada sobre una existencia hecha de relaciones se proyecta sobre la propia experiencia profesional, hecho que ya se anticipa en el libro anterior<sup>10</sup>. Así, por ejemplo, el poema "Bibliotecas" constituye una suerte de descripción fenomenológica del acto de lectura. Descripción en la cual cobra especial relieve el encuentro entre el mundo del libro y el lector:

Las bibliotecas,  
impávidos reductos  
del saber no-saber,  
acumulan tierra, polilla  
y azarosos resortes  
que en el momento exacto  
revelarán  
la fecha incógnita  
o el final del capítulo  
donde se precipite  
nuestra imaginación.

---

<sup>10</sup> Por ejemplo, en el poema "Examen".

Y en anaqueles polvorientos,  
¿es necesario que repose  
tanta palabra ociosa,  
tanto afán reprimido:  
cada tema en su estante,  
cada letra en su orden sucesivo,  
cada verdad en su punto,  
cada señal  
-para quién, para cuándo-  
en el cabo tirante  
del minuto  
que inevitablemente  
estallará? (pp. 177-178).

La articulación predominante del sujeto proyectado hacia el futuro reaparece en el poema y determina la concepción del acto de lectura. Las preguntas por el quién y el cuándo y la representación del encuentro texto/ lector como resorte azaroso o cabo tirante dispuesto a estallar subrayan una concepción dialógica de la lectura; también, destacan la dinámica entre potencialidad, virtualidad y actualización; finalmente, resaltan la dimensión de apertura del acto, su capacidad creadora de mundos. Pero al mismo tiempo, la propia actividad aparece interrogada en su sentido último. Y este reclamo se vale del recurso estilístico de las enumeraciones y el paralelismo anafórico para resaltar su apremio. Así, la experiencia literaria, biográfica de Nélida Salvador se sintetiza admirablemente y logra expresarse en términos poéticos.

La relación con los otros dirige la mirada a la exploración del entorno urbano, ya en la forma de una aceptación amable y decidida, como sucede por ejemplo en “Ciudad” o dramática como en el poema “Al acecho”, que da su título al libro. En este caso, la adaptación al entorno sólo deja una amarga recompensa, la conciencia de la soledad y del aislamiento en el conjunto desproporcionado y múltiple de la ciudad:

Ahora tomas conciencia  
del día y de esta calle  
sacudida por el tráfigo  
urbano.

Empiezas a entender  
 tu circunstancia  
 y palpas,  
 con la minuciosidad  
 de los ciegos,  
 este contorno  
 sabiamente previsto  
 para que tu persona  
 se perfile en la luz,  
 para que tu ensimismamiento  
 tome nota y habite  
 la pequeña parcela  
 que te ha correspondido  
 como territorio (pp. 171-172).

Se trata de una iluminación súbita, de “una experiencia profundamente significativa” que dilata el ahora poético en “el estallido de una revelación”<sup>11</sup> sobre el sentido de la existencia. Tal revelación adviene al sujeto a partir de la comprobación del contraste entre “la calle sacudida por el tráfico urbano” y la delimitación exigua del propio territorio. Revelación precaria, dolorosa, palpada minuciosamente, desde la ceguera del acontecer cotidiano al perfilarse nítido de la luz.

Esta dialéctica entre ceguera y visión, entre oscuridad y luminosidad aparece entonces como una constante simbólica en la obra de Nélida Salvador. Adquiere un nuevo sentido en el poema “Un resplandor”, que ejemplifica otra cara de la pregunta por los vínculos en el libro comentado. En efecto, el limitado territorio de la soledad se expande ante el pregusto del amor. Sólo el vínculo con un “tú” hace habitable el mundo y ofrece un espacio para el cumplimiento de la subjetividad. Por ello aparece como refugio, como luz que da sentido a la existencia:

---

<sup>11</sup> Se trata de un motivo de raíz romántica. Ver: Meyer H. Abrams. *El romanticismo: tradición y revolución*. Trad. de T. Segovia. Madrid, Visor, 1992, p. 391 y ss.

En el aire quieto,  
 casi transparente  
 de abril,  
 llegas ahora  
 como un resplandor  
 que turba y enceguece.

Si eres magia, desdén  
 o persuasivo acercamiento,  
 no me preocupa.  
 Sé que vivo en tu luz,  
 que me retienes  
 y que el día  
 se llama de otro modo  
 desde que estás  
 conmigo (p. 182).

La ceguera cobra otro valor simbólico porque no la provoca la penumbra sino el exceso de luz. En relación con el poema anteriormente comentado, se advierte un cambio radical de la sensibilidad poética. Predomina un clima de serenidad, de contención. Ya no se trata del aislamiento en el exiguo territorio del yo, sino de encuentro en el vínculo plenificante con el otro, que transforma la existencia y le da sentido.

Con *Las apariencias* (1972) se ubica nuevamente en un primer plano la obsesión de la autora por el paso del tiempo. Esta pregunta se aborda desde una perspectiva diversa. La mirada poética inquiere por aquello que ha de perdurar, a pesar del cambio y la desintegración progresiva del ser. Detrás de las apariencias del devenir, Nélide Salvador trata de descubrir un sentido que marque una impronta, un sentido reconocible más allá de las edades. La pregunta se realiza desde un horizonte vital que anima al balance, al reconocimiento de una orientación del destino personal. Pero, por otra parte, la inquisición sobre el sentido de la vida se halla motivada por el sentimiento de ceder a la costumbre, tal como se aprecia en el siguiente pasaje de "Diálogo", poema que abre la colección:

Noche a noche  
mes a mes,  
hemos ido ganando  
la complaciente sonrisa  
que ostentamos ahora.  
Curvados sobre el hastío,  
persiguiéndonos  
con la punta del látigo,  
como si alguna vez  
pudiera deshacerse  
este círculo  
que sin descanso  
se prolonga (p. 215).

La costumbre se representa mediante una metáfora sugerente. Constituye una impostura del sujeto, una máscara social asumida progresivamente. Pero es también círculo vicioso en el que el propio sujeto se inserta, sin descanso. La imagen de un yo desdoblado que se apresura a punta de látigo alude a ese doblegarse del sujeto al hábito cotidiano. Pero aún esta sumisión ha tenido un sentido, ha implicado una forma de definición, tal como se expresa en el final del poema:

Y acaso era necesario  
ese lento acarreo  
de las horas,  
ese afanoso  
suceder inacabado,  
para que todo lo vivido  
descifrara su origen  
y la aventura ciega  
de estar sobre los días  
se hiciera jubilosa  
vibración,  
clarividente diálogo (p. 216).

Nueva revelación autoproducida que surge de la experiencia de la cotidianidad. Nueva inflexión del simbolismo de la ceguera, predicado

ahora de la existencia. Desde un horizonte inmanente, que se despliega en la cosmovisión de Nélide Salvador, el destino personal es “aventura ciega”, “afanoso suceder inacabado” porque aparece en forma de misterio a los ojos del propio sujeto. De allí su vocación de permanecer al acecho. Sólo en su sucederse se revela el sentido de la existencia. Esta condición de apertura y novedad permite vencer la inercia de la costumbre. Por ello, la mirada retrospectiva no es nostálgica. No es evocación de un bien perdido, sino descubrimiento jubiloso de un derrotero que parecía incierto y sin sentido. Incluso en el cumplimiento de la costumbre se realiza ese diálogo que permite asumir la circunstancia y reconocer la orientación del propio acontecer.

La recuperación de la pregunta por el tiempo y el destino personal acarrearán nuevamente la percepción de una ambivalencia personal. Reaparece en este universo imaginario la dialéctica entre el origen de provincia y la aclimatación al espacio de Buenos Aires. En “Cielo tenaz”, esta dicotomía se plantea mediante imágenes elocuentes:

No me cercó  
tu voz salina, mar,  
tu arrullo  
de paloma verde;  
me aprisionó  
esta hoguera mineral,  
esta caliente y seca  
soledad de la piedra.

No me venció  
tu arena, mar,  
tu rubio y manso  
vientre de bestia echada.

No me lavó  
las sienas  
tu aire vivo  
-rosa, llama, metal-;  
me socavó los ojos  
este viento,

esta montaña lisa y quieta,  
este cielo tenaz (p. 223).

La voz poética reconoce el influjo formador de su espacio originario. Esta idea se expresa mediante un lenguaje que apela a la máxima economía poética, a la máxima concentración. Las imágenes del mar, la brisa, la arena se contraponen a las de la piedra, y el viento de montaña. Tales imágenes se comportan como índices sinecdóquicos que permiten reconstruir imaginariamente todo el ámbito espacial aludido. Asimismo, recuperan el denso simbolismo que ambos entrañan. En el caso de la piedra, imagen representativa de la realidad mendocina, su propia conformación física da cuerpo figurativo a la dimensión reconcentrada del yo poético. La contraposición imaginaria que se desarrolla en este poema guarda relación con esa ambivalencia característica del universo imaginario de Nélica Salvador: juego entre arraigo y desarraigo, entre provincia y ciudad, entre quietud e ímpetu.

Al recobrase la obsesión por el tiempo, reaparece también la pregunta por el destino final del existir. Este tema adquiere en *Las apariencias* una nueva inflexión. En *Canto de extramuros* la muerte se percibía especularmente a través de las fotografías: se trataba de un destino certero pero lejano, que no anulaba la autoafirmación vital del yo. Por el contrario, en el presente volumen, la muerte se reconoce en el centro mismo del ser. Así, por ejemplo, en "Persistencia":

Signándonos  
bajo la piel  
con una tenacidad  
que a pesar de sí misma  
permanece,  
la muerte nos custodia.

Podemos rehuirla,  
crecer, atestiguar  
cada latido,  
pero no la ignoramos.  
Nos previene sin voz,

nos anticipa  
 su dura persistencia  
 y a oscuras lame,  
 hiende, roe,  
 anticipando el salto  
 que en la hora  
 imprevisible  
 se precipitará (p. 252).

Como en ejemplos anteriores, Nélica Salvador compone una metáfora compleja al combinar imágenes emblemáticas para representar la muerte<sup>12</sup>. En la primera estrofa, la visión de la muerte en uno, como un organismo latente en el propio cuerpo. Seguidamente, en el comienzo de la segunda estrofa, se connota la idea de la muerte como destino final del sujeto. La referencia es indirecta, ya que la imagen se presenta en el escamoteo del sujeto, y en su gesto de afirmación, actitud presente en el poema "Aquí estamos", de *Canto de extramuros*. Finalmente, a estas dos imágenes se suma una tercera que aprovecha la dimensión imaginaria de la metáfora presentada en la primera estrofa: la muerte como bestia feroz que acecha la existencia humana. Se advierte entonces que la superposición de imágenes metafóricas constituye una estrategia recurrente en toda la obra de Nélica Salvador. El despojamiento de la palabra al que aspira su poesía no implica un renunciar a los poderes sugestivos de la imagen. Hay sí, contención, equilibrio, lenguaje comprensible. Pero ello debido al uso de metáforas e imágenes tradicionales y de la vida cotidiana. Este acervo es recreado originalmente. El juego de superposiciones amplía el espectro de connotaciones de tales imágenes. Crea así un mundo de gran fuerza impresiva y de alta calidad estética.

La contemplación de la muerte instalada en el propio sujeto no agota sus expectativas de un futuro abierto en sus posibilidades vitales. *Tomar*

---

<sup>12</sup> Para los deslindes que efectúo a continuación me baso en: Gabriel Albiac. *La muerte. Metáforas, mitologías, símbolos*. Barcelona, Paidós, 1996; Philippe Ariès. *Morir en Occidente. Desde la Edad Media hasta la actualidad*. Trad. Víctor Goldstein. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2000; Louis Vincent Thomas. *Antropología de la muerte*. Trad. de Marcos Lara. México, FCE, 1993.

*distancia* (1980) pone de manifiesto esa voluntad tan característica de la autora de no mirar hacia atrás, de enfrentar la novedad de cada día con espíritu solícito a las señales del mundo y del tiempo. En el libro se recuperan los juegos de memoria y olvido en sus múltiples significados. En algunos poemas, Nélide Salvador ofrece una fenomenología poética del acto de olvidar. Por ejemplo, en “Fluyente territorio”:

Ya empieza  
a ser leyenda,  
fluyente territorio  
de memorias  
lo que antes parecía  
tierra firme.

Se desmorona y cruje  
la irrefutable  
solidez del mundo,  
la realidad concreta  
de unas palabras  
y unas cosas  
que siempre  
se ubicaban  
en su lugar preciso.

Ya todo  
es aire ahora,  
vaguedad, desvarío,  
ir y venir sin cauce.  
Oscura incandescencia  
de prodigios,  
de impávidas señales  
que estallan  
en la súbita destrucción  
del pasado (pp. 309- 310).

Esta descripción poética del olvido despliega su poder gradualmente. El paso del contenido perceptivo a la memoria y su lento desvanecerse,

se representan de un modo incoativo (“ya empieza a ser”), mediante la contraposición entre lo firme y lo fluyente. La certeza y la actualidad del mundo vivido se transfiguran, pierden solidez: se vuelven islas desprendidas de la tierra firme por la virtud desgastante del olvido, que actúa como un río. De acuerdo con Harald Weinrich, la asociación río/ olvido recorre la poesía occidental y remite a la imagen mitológica del Leteo<sup>13</sup>. En este poema, Nérida Salvador parece insertarse sutilmente en dicha tradición imaginaria. Combina la imagen con otras y realiza inferencias presupuestas (y no previstas) en ella. Además, extrema, en este texto, el poder aniquilador del olvido: el pasado se volatiliza y se destruye por su acción inevitable.

La visión precedente se refiere al olvido involuntario. Pero existe también un olvido voluntario relacionado con las penas que provoca el mal de amores<sup>14</sup>. En el poema “Tomar distancia” esta modalidad del olvido asume otras imágenes, en virtud de su especificidad:

Todavía  
 crece tu nombre  
 en la memoria.  
 Regresa nuevamente  
 a los ojos  
 el duro resplandor  
 de un tiempo inmóvil.

Alguien  
 deletrea en la noche  
 las monocordes sílabas  
 de un diálogo

---

<sup>13</sup> Harald Weinrich. *Leteo. Arte y crítica del olvido*. Trad. Carlos Fortea. Madrid, Siruela, 1999. Weinrich cita ejemplos de Virgilio, Dante, Milton, Quevedo y Goethe, entre otros. Realiza la siguiente apreciación, que puede transponerse al poema comentado: “En esa imagen y en ese mundo de imágenes, el olvido se sumerge por completo en el elemento líquido agua. Hay un sentido profundo en el simbolismo de esas aguas mágicas. En el suave fluir se disuelven los duros contornos del recuerdo de la realidad, y son de esa manera *liquidados*”, p. 25.

<sup>14</sup> *Ibid.*

ya para siempre  
destruido.

Quizá tomar distancia  
sea la inevitable  
trayectoria  
que conduzca  
otra vez  
al laberinto (p. 308).

La lucha contra el recuerdo del amor ausente, tema presente en "Ahora", se representa en este poema de un modo distinto, en función del cambio de perspectiva poética. Aquí, el problema no radica en la contraposición entre la temporalidad ardiente del deseo incumplido y la temporalidad morosa del recuerdo. Antes bien, se busca el olvido por su valor terapéutico: es el remedio para el alma atormentada por la ausencia del amor. La imagen memorística se resiste al fluir del Leteo: la escena de la ruptura -las monocordes sílabas de un diálogo interrumpido- se presentan casi teatralmente ante los ojos de la amante. El daño que este recuerdo provoca debe ser vencido mediante un movimiento enérgico: el alejamiento que sumirá nuevamente al sujeto en el laberinto de la vida, forma efectiva de olvidar.

La trayectoria poética de Nélica Salvador se cierra con *Otras palabras* (1992). En este libro predomina la indagación metapoética. La autora presenta al escritor en su acción propia de nombrar el mundo. La pregunta por el acto creador, por los alcances y límites de la palabra constituyen los ejes vertebradores del volumen. La posición adoptada en el libro cobra mayor relevancia en el contexto de las poéticas argentinas de las últimas tres décadas y tal vez esté motivada por él. En efecto, las vertientes líricas emergentes (minimalismo, neobarroco, poesía femenina, neorromanticismo)<sup>15</sup> asumen cierto desgaste del poder nominativo de la palabra y de la capacidad de revelación del acto creador. Nélica

---

<sup>15</sup> Para un acercamiento crítico a estas líneas poéticas ver: Ricardo H. Herrera. *La hora epigonal. Ensayos sobre poesía argentina contemporánea*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991.

**Salvador apuesta aún al lenguaje de la poesía. El poeta cuenta aún con las pocas palabras esenciales capaces de representar un orden que haga habitable el mundo. Así lo afirma en "Nombrar las cosas":**

**Pocas palabras  
bastan para decir  
lo que el espacio  
encierra en su memoria.**

**Ni el silencio  
socavado de los siglos,  
ni las secretas líneas  
que entrelazan las horas  
nos muestran su verdad  
indisoluble.**

**Sólo algunos  
sonidos  
-indecisos, ambiguos-  
pueden a veces  
inesperadamente  
nombrar las cosas  
y ordenar  
el caos (p. 317).**

**La opacidad del mundo y de la historia cobran sentido a través de la palabra. Pero el encuentro con esta clave reveladora no es un hallazgo del poeta. Es, ante todo, un advenimiento súbito, un don que se ofrece inesperadamente<sup>16</sup>. Este carácter azaroso de la revelación se relaciona con la forma de concebir el futuro en su apertura y novedad. La revelación incluso no desvanece el misterio de los seres: se trata de un orden provisorio, fundado en la indecisión y la ambigüedad. Resalta así la resistencia de la realidad a ser aprehendida plenamente a través del**

---

<sup>16</sup> Ver "Exorcismo", de la misma colección: "Las palabras regresan/ sorpresivas/ desde túneles secretos/ desde interminables/ primaveras/ abandonadas en el viento" (p. 346).

lenguaje<sup>17</sup>. Nélide Salvador asume la precariedad de la palabra pero sin caer en el escepticismo que caracteriza el pensamiento crítico en la poesía de las últimas décadas.

Si unas pocas palabras bastan para postular un orden posible, el poeta que las recoge es, entonces, un descifrador del cosmos. La realidad aspira a ser nombrada y le ofrece señales para que cumpla con este oficio adánico. El destino del escritor se define en “Indicios” conforme a esta imagen:

Descifrar  
pequeños indicios  
en las respuestas  
que oculta  
cada instante  
-leves sonidos,  
objetos que se deshacen-  
es el destino  
ineludible  
de quien se busca  
a sí mismo  
en las palabras  
o en el viento (p. 355).

Arrojada hacia la novedad de cada hora, al acecho del misterio de las cosas que se revela inesperadamente, Nélide Salvador concibe su propio destino como una voluntad tenaz por hallar la clave que descifre el sentido de su existencia, de los otros, del mundo. Porque esto parece ser lo que en su obra define la vocación terrestre: hallar un sentido definitivo, incluso en aquello que parece resistirse a tenerlo. Consciente de los límites de su circunstancia, de la distancia que la separa de los seres, de la fugacidad del tiempo y la levedad de su ser, su apuesta es, a pesar de

---

<sup>17</sup> Tal como se reconoció en el poema “En algún lado”, de *Canto de extramuros* y se confirma en claramente en “Equidistancia” de la presente colección: “Las palabras inventan/ objetos nebulosos/ que sólo a veces/ muestran en la penumbra/ su perfil inequívoco/ y sagaz.// Cada cosa en sí misma/ construye lo imprevisto [...]” (p. 352).

todo, una defensa de lo humano. Tal vez porque, conocedora ya de una temporalidad que ha intentado domesticar a través de la escritura, confía (y este es el mensaje esperanzado del libro), en la capacidad humana para sobreponerse al vacío:

Lo que ahora somos  
no puede el tiempo  
deshacerlo  
ni su crueldad  
furtiva.

Algo ya permanece  
claro y definitivo  
como el aire  
que apresa  
en su contorno  
la breve transparencia  
de los días ("Permanencia", p. 364).

## Conclusiones

El recorrido efectuado ha permitido reconocer el complejo temático que se despliega en el universo literario de Nélida Salvador. Fundada en la propuesta estética y cosmovisionaria de la poesía neohumanista, su obra se desarrolla a partir de una preocupación primordial: el tiempo y su modo de incidencia en todo lo que define la existencia. Desde este núcleo se despliegan las obsesiones que definirán su poesía: el reconocimiento de la propia fugacidad; la visión del sujeto como un ser en tránsito incierto, cuyo sentido se descubre progresivamente; la espera del instante plenificador, que revele ese sentido oculto; la lucha contra el hábito y la costumbre, que desgastan el propio proyecto de plenitud; la asunción poética de la vida profesional; la vocación humana de permanencia; la visión del encuentro con el otro en el amor y con los otros como instancia de resignificación de la existencia; el juego de arraigo y desarraigo, de memoria y olvido, vinculado a una experiencia biográfica

personal; el valor de la escritura como instauración de un orden posible y la concepción del oficio del poeta como voluntad de descifrar los indicios del mundo.

Se ha advertido además, que si bien este universo temático se delinea en sus aspectos principales ya en *Tránsito ciego* (1958), sufre sin embargo inflexiones diversas de libro en libro. Así sucede, por ejemplo, con la visión de la muerte: evidencia lejana que detiene el impulso del yo y que se analiza especularmente en *Canto de extramuros* (1963); principio negativo que destruye el ser desde su mismo centro en *Las apariencias* (1972).

Desde el punto de vista estilístico se han podido analizar tres rasgos esenciales en su obra: el diálogo interior constante, que verifica un desdoblamiento de la voz en el poema y le permite una continua reflexión sobre su propia experiencia; una voluntad de despojamiento que encubre de manera sistemática los efectos musicales del lenguaje mediante el quiebre del verso; y finalmente, un uso cuidado de la imagen poética a través de la metáfora. En efecto, bajo la transparencia que se deriva del empleo de un léxico llano (vinculado con la aspiración de la escritora por recuperar las resonancias del verbo en su sustantiva desnudez), y de la recuperación de imágenes de la vida cotidiana y de la tradición literaria para concebir nociones abstractas (la temporalidad, el olvido y la memoria, la costumbre), se esconden mecanismos interesantes: la superposición de tales imágenes; su combinación con otros recursos (como por ejemplo, el juego de sinestesias); la prolongación original de las inferencias que permanecen presupuestas en ellas (tal como se advierte en el aprovechamiento de la imagen del río del olvido en el poema "Fluyente territorio", de *Tomar distancia*). Son recursos predominantes en la escritura de Nélide Salvador, que aumentan el poder de sugestión de la palabra poética. Por otra parte, este tratamiento de la imagen señala un distanciamiento de la poesía de Salvador con respecto al franco coloquialismo que se impone en la lírica argentina de los '60 y los '70.

Por la dilatación de su obra, por la profundidad de su contenido, por el cuidado artístico de su realización, el valor de su universo literario se destaca y le justifica un lugar de importancia en el contexto de la lírica argentina contemporánea.

## RESUMEN

*En el presente artículo se realiza un recorrido por la poesía de Nérida Salvador, recientemente recopilada en el libro Clave del mundo: Obra poética (1958 – 1992). Mediante esta mirada panorámica se espera reconocer las constantes temáticas y estilísticas que señalan la unidad de su tentativa poética y destacar cómo tal unidad, enraizada en una cosmovisión neohumanista, se enriquece en virtud de la maduración expresiva de la autora, de la adopción de nuevas perspectivas para el tratamiento de sus obsesiones primordiales y de la incorporación de nuevos temas. De este modo, se resalta el valor de una voz significativa en el panorama de la lírica argentina contemporánea en virtud de su dilatación y originalidad.*